

Espacios inventados en papel

Abro mis cajas llenas de cuadernos, mis carpetas repletas de planos y pienso en el papel como “componente mágico” de edificios inventados; como “divertimiento” en el juego de mezclar colores y texturas para hablar de contenedores de espacios y recorridos; como “angustia” en los días en que la hoja en blanco es el horror de las ideas que no acuden; como “vicio insaciable” que me empuja a arrasar las papelerías en busca de cuadernos de todos los tamaños, de papeles de todos los tipos, y en los que siempre encuentro una excusa para hacerlos necesarios: los lleno de garabatos, de ideas, de intenciones...; como en el que ahora escribo estas líneas (formato cuadrado, papel kraft, cuando está cerrado parece un libro).

El papel es un ingrediente que nunca falta en la fábrica de ideas del arquitecto. No sé si ya antes de serlo sentimos una atracción por él, y su manejo nos acerca a la creación de espacios que pretendemos, o es más bien que lo necesitamos como instrumento para expresarnos y es su uso quien nos lleva a la dependencia. Tal vez me equivoque y no sea algo tan extendido en este quehacer, pero yo, igual que sé de muchos otros, me siento atraída por este elemento que nos permite hacer malabares con las ideas.

La edad de experimentar

La primera lección en la fase de aprendizaje es observar. Es entonces cuando el cuaderno, que siempre nos acompaña, nos sirve de soporte para plasmar las sensaciones del espacio que miramos. Anotamos y reproducimos lugares y quedan fijados al papel detalles inusuales de presencias por todos conocidas. Le Corbusier, entre otros arquitectos, nos deja testimonio de estos momentos iniciales, ¡y es una suerte! poder disfrutar del Partenón a través de su mirada en los escritos

y dibujos de sus cuadernos de viajes como *Voyage d'Orient. Carnets*, publicados por Electa Architecture / Fondation L. C. En estos apuntes no describe simplemente, sino que analiza y estudia aquello que mira (imágenes 1 y 2), y es lo que se percibe al leer este texto: “El Partenón ha permanecido, desgarrado pero en pie y ahí está. Buscad sobre las columnas acanaladas, formadas, con veinte asentamientos, la juntura de los tambores: no se encuentra, pasando la uña por esas zonas que se diferencian por la pátina ligeramente diversa que cada mármol sufre con el tiempo, la uña no nota nada. ¡Hablando con propiedad, la juntura no existe, y la enérgica arista de los canales se prolonga como un solo trazo en un monolito! Poneos de bruces en el suelo delante de un fuste de los Propileos y examinad su nacimiento. En primer lugar, os encontraréis con un suelo enlosado cuya horizontalidad es tan absoluta como una teoría. En grandes placas, la masa de alabastro reposa sin embargo sobre un suelo artificial, hondos cimientos o mejor, soleación audaz. La base del fuste, festoneada por veinticuatro canales es intacta como la admiración que os produce. Y la losa cavada a su alrededor a semejanza de un canalón de desagüe acusa un arcén de 2 o 3 mm. quizás. Esta medición sutil realizada hace dos mil años –nimbo de un nacimiento– es todavía sensible, tan fresca y neta como si el escultor hubiera llevado ayer la tijera y la masa que han tallado ese mármol. La pared de tres puertas más ampliamente abierta en su mitad para que los carros pudiesen entrar en los Panateneos, es un paño de mármol de mil adoquines, ajustado hasta tal punto que provoca la caricia, y la mano ampliamente desplegada querrá penetrar el espejismo de esos cimientos milenarios: la superficie tan lisa como un espejo juega con las vetas diversas que propone cada adoquín... y sin embargo escribo con ojos que han visto la Acrópolis y regreso feliz”.

Carmen Fajardo Domínguez

Arquitecto. Tiene su propio estudio el Taller L Garobato2 Arqtecciónico en el que nunca falta el papel. Creadora de juguetes, autoeditora, tejedora, malabarista de ideas, en su trabajo vemos la huella creativa de William Morris y la nostalgia por haber querido estudiar en la Bauhaus

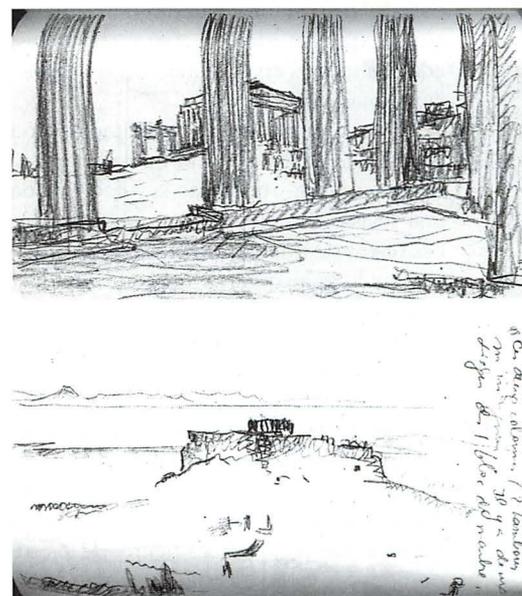


Imagen 1 y 2

Imagen 3

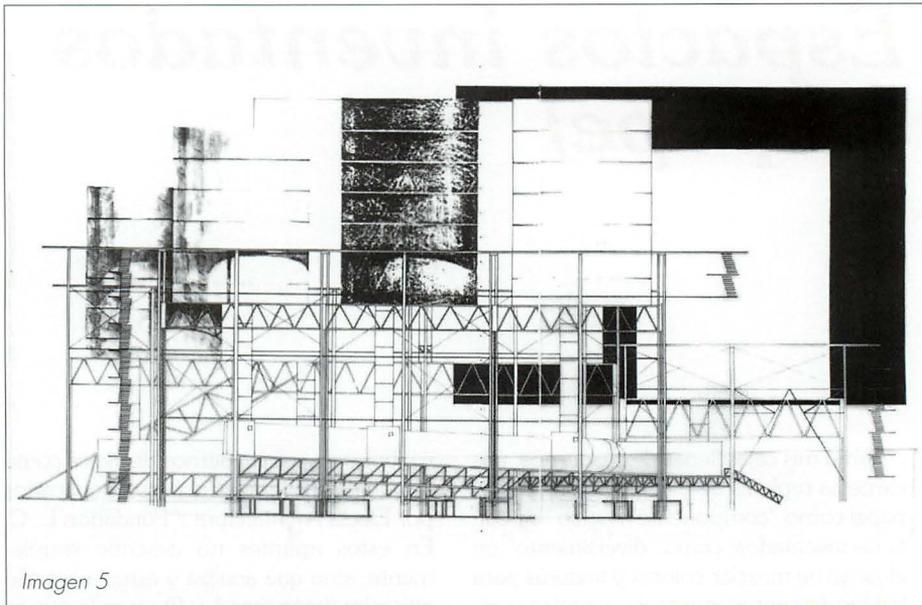
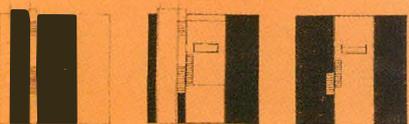
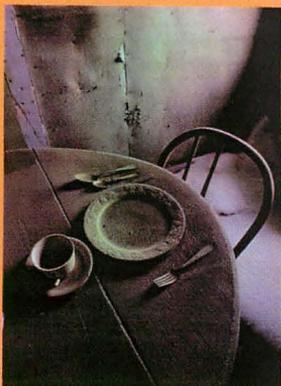


Imagen 5

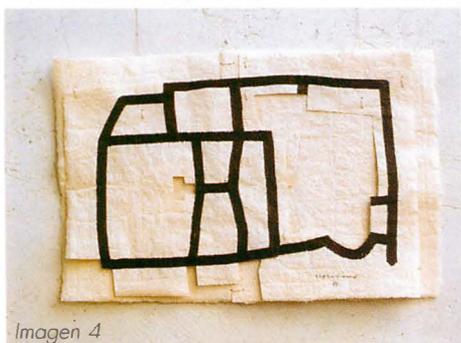


Imagen 4



Imagen 6

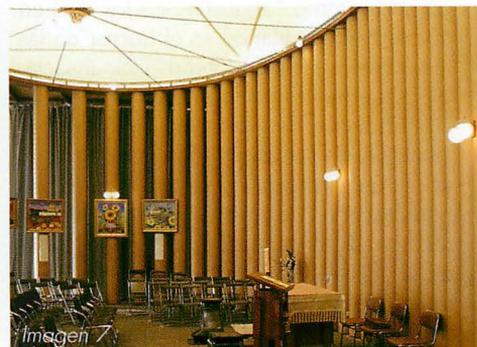


Imagen 7

Y en esos momentos iniciales de nuestra enseñanza, en que aquellos conocimientos más técnicos aún escasean y estamos entrenándonos para pensar, la arquitectura tiene mucho de intuición y experimentación. Es entonces cuando el collage resulta una buena herramienta para expresar ideas o para sugerirlas, adentrándonos en el mundo de la abstracción (imagen 3).

Es una improvisación meditada, llena de intenciones, buscas el embalaje de tu última compra, recuerdas la fotografía de una revista que alguien te enseñó, esparces restos de papeles de otros días y piensas en lo que quieres contar: recortas, mezclas, pegas e inventas un paisaje que anuncia una existencia real.

En este registro se movió Chillida en sus "gravitaciones" (imagen 4), donde el collage se concibe como una forma de relieve, utiliza fragmentos de papel sin colar, que permanecen independientes entre sí. Juega con el concepto de gravitar, maneja papeles gordos y a veces fieltros, y los superpone sin que se engarben como haría con ellos la cola, y surgen espacios de luz y sombra, siendo esta escenografía de lí-

neas y manchas, de superficies que dibujan segmentos, de planos que levantan volúmenes, una maqueta alojada en la horizontal.

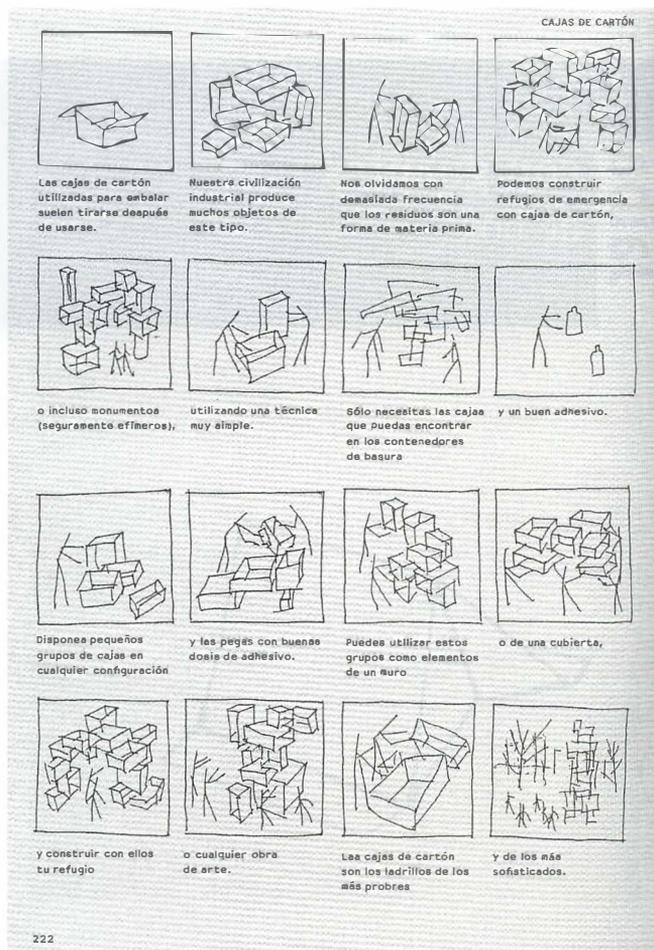
Pero es necesario hacer algo más que una composición plástica sugerente. Del papel habrán de surgir volúmenes, contenedores que cobijen, que se recorran, que sean una respuesta, y con las maquetas de trabajo se educa la capacidad espacial que permitirá reconocer realidades sobre las líneas de un plano. Son el ensayo que permite descubrir los elementos que faltan.

En el plano se recoge la medida, se dibuja dimensionando la materia y el vacío, precisando cada vez más en la definición del proyecto, y cada edificio, cada espacio urbano, tienen un carácter concreto que procura hacerse manifiesto en la representación que lo explica (imagen 5). No importa que los dibujos sean hechos a mano o que se cambie el lápiz y la tinta por los ordenadores y las impresiones digitales, el proyecto se lee en un plano de papel, del que elegimos: el gramaje, la textura, la transparencia, el formato y la técnica gráfica con la que interactuar sobre él.

Papeles de arquitecturas conseguidas

El plano transforma la idea en algo real, da las claves para su realización y lo expresa en un lenguaje inteligible para aquellos que ejecutan la obra, se convierte en su herramienta. Con el plano el arquitecto transmite su proyecto, éste trasciende al exterior, pero no es la única posibilidad del papel en esta profesión. Éste se utiliza también como materia o componente de la arquitectura.

Hay arquitectos que se dedican al estudio y se mueven en el mundo de los conceptos y crean modelos teóricos, como Yona Friedman, que nos plantea una serie de "estructuras irregulares" (imagen 6) como acercamiento a las artes plásticas, las cuales no pueden ser dibujadas con facilidad, pero se puede estudiar su comportamiento de una forma improvisada a través de la construcción de maquetas, y su realización es tan sencilla que permite esa experimentación espacial con niños.



Quizás los casos en los que el papel forma parte directamente de la arquitectura estén en Japón, en la tradicional casa japonesa, con elementos como el sh ji y fusuma, que compartimentan y transforman la calidad interior de los espacios.

El sh ji, un tipo de puerta tradicional que funciona como divisor de habitaciones y consiste en papel washi traslúcido con un marco de madera. El fusuma son rectángulos verticales opacos que se deslizan de un lado a otro para redefinir espacios dentro de un cuarto o como puertas, suelen tener 91 centímetros de largo y 183 centímetros de alto. Ambos corren sobre rieles de madera encerados por arriba y por debajo.

Estas piezas organizan una composición espacial ordenada por una estructura temporal que se insinúa en la luz tamizada a través del papel, que se anuncia desde fuera o dentro en un flirteo con las sombras que apuntan presencias invisibles. Se trata de planos que multiplican los espacios y los sitúan en el terreno de lo alusivo y sugerente, secuencias de estancias en calma alteradas por paneles que se abren y se cierran en un movimiento silencioso. Estas imágenes nos sorprenden en muchas películas de cine japonés de Kenji Mizoguchi, Yasuhiro Ozu, Akira Kuro-

sawa, en los que el paso de los personajes a través de estos paneles evoca presencias secretas dibujadas en penumbra.

Estas escenas también están presentes en la literatura japonesa, en libros como *La novela de Genji* de Murasaki Shikibu (Atalanta) o *La madre del capitán Shigemoto* de Junichiro Tanizaki (Siruela).

Y tal vez ese gusto por el papel tan arraigado en la cultura japonesa, ha propiciado que sean arquitectos japoneses aquellos que conciben “arquitectura de papel”, entendiéndolo en su significado más inmediato; como Shigeru Ban, que se caracteriza por el uso de materiales no convencionales, como papel o plásticos.

Estructuras de papel

Según Ban nos dice: “Los ingenieros de materiales tratan de conseguir materiales más o menos resistentes, pero yo no creo que un material necesite ser resistente para componer una estructura con una alta capacidad portante. La capacidad de una estructura no tiene nada que ver con la resistencia de los materiales que la componen. Se puede diseñar un edificio para resistir terremotos, con papel como yo hago. En realidad, una estructura será

resistente si posee un buen diseño estructural”.

Guiado por este pensamiento, en 1995, para dar respuesta a la necesidad de cobijo de muchas personas tras el terremoto de Kobe, proyecta “la iglesia de papel” y “la casa de papel”.

La iglesia de papel o templo de Takatori (imagen 7), con una base de 10 x 15 metros, está ocupada en su centro por un óvalo elaborado por 58 tubos de papel separados, de 5 metros de largo y 33 centímetros de diámetro, con capacidad para 80 sillas. De material reciclable, fue construida por voluntarios en cinco semanas, sin maquinaria pesada y a bajo costo.

La casa de papel es como una maqueta a escala 1:1; fue concebida a partir de unos cimientos de cajas de cerveza llenas de arena, con paredes de tubos de papel impermeabilizados y pegados entre sí con cinta de doble cara, con techo abatible para poder ver el cielo y permitir la ventilación.

Otras de sus obras más representativas realizadas con este material son “el puente de papel”, estructura temporal que cruzaba el río Gardon a 500 metros del acueducto Pont du Gard, ¡extraña sensación de cruzar un río sobre papel!, y por otro lado el Pabellón de Japón de la Expo de Hannover 2000, que utiliza de nuevo los tubos de cartón para crear una estructura espacial, en este caso de grandes dimensiones.

Con este arquitecto la expresión “vivir entre papeles” alcanza su significado más real.

Arquitecturas de literatura

Entre papeles y con el empeño en construir edificios, también encontramos personajes de la ficción, y como viene al caso en este deambular entre libros de las bibliotecas, he de mencionar el libro *La casa de papel* de Carlos María Domínguez (Mondadori), y con un fragmento del mismo quiero acabar hablando de arquitectura, de papel y de libros: “Pidió, Carlos, al albañil de Rocha, que clavara los puntales del almacén de las ventanas en la arena, y los puntales de dos puertas, y que le armara con un muro de piedra, una chimenea. Cuando la chimenea estuvo en pie, asomada al costado del quincho, y las ventanas y las puertas quedaron apuntaladas, pidió que le hiciera una planchada de cemento. Y arriba del cemento, comprenderá que decirlo me produzca una sensación de horror, le pidió que convirtiera sus libros en ladrillos”. ◀▶